

DE ENCIERROS Y DES-ENCIERROS: TESTIMONIOS EXILIARIOS DESDE EL AFUERA¹

On Confinements and De-confinements: Testimonies of Exile from the Outside

Mariela Cecilia Avila

Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago, Chile

mavila@ucsh.cl

Resumen

En este trabajo se busca reflexionar sobre el encierro y el des-encierro a partir del exilio como categoría filosófico-política. Esta perspectiva permite llevar a cabo una inversión sobre las nociones de encierro y des-encierro, adentro y afuera, para postular que el castigo exiliar sería una suerte de encierro en el afuera, pues, luego de la expulsión violenta que implica, se erige la imposibilidad de un retorno a lo propio. Este recorrido reflexivo, que se expresa bajo la forma de un ensayo, busca mostrar los diferentes momentos de esta ecuación, para finalizar pensando posibles retornos de los encierros en el afuera y los efectos que esto podría decantar.

Palabras clave: exilio, encierro, des-encierro, retorno, escritura

Abstract

This work seeks to reflect on confinement and de-confinement from exile as a philosophical-political category. This perspective allows an inversion of notions of confinement and de-confinement, inside and outside, to postulate that exile would be a kind of confinement on the outside, because the violent expulsion implies the impossibility to return to its own. This reflective path, written as an essay, seeks to show the different moments of this equation, to end thinking about possible returns of the exile and its confinements at outside and the effects that this could have.

Keywords: exile, confinement, de-confinement, return, writing

Fecha de Recepción: 06/05/2022 - *Fecha de Aceptación:* 20/07/2022

¹ Este trabajo forma parte del Proyecto Fondecyt Regular N° 1221175 “Filosofía y exilio. Reflexiones en torno a narraciones de pensadoras exiliadas a uno y otro lado del Atlántico”.

Al pensar en el encierro, por lo general, lo hacemos desde la dimensión espacial, es decir, desde un territorio dispuesto y cercado para evitar el contacto con un afuera. El encierro, así concebido, se configura como un ámbito clausurado, en el que no hay posibilidad de transitar hacia un exterior, que se constituiría como la otredad. Sin embargo, para que exista tal encierro, algo debe quedar fuera, es decir, es necesario un des-encierro a fin de que lo limitado se configure como tal.

Siguiendo esta línea e intentando llevar a cabo el ejercicio reflexivo inverso con relación al encierro y el afuera, se busca aquí pensar la posibilidad del encierro como un afuera. En otras palabras, ¿podría el encierro estar en el afuera y representar la imposibilidad de transitar hacia un adentro?, es decir, ¿el des-encierro se podría constituir como un límite que encierra fronteras hacia afuera? Y ya presentada la línea problemática que aquí se busca indagar, ¿el exilio –con su consabida condición de expulsión y prohibición de retorno– podría ser considerado como un encierro en el afuera?

En este ejercicio, que toma como punto de partida la inversión de las citadas categorías –encierro y des-encierro, adentro y afuera–, se intentará pensar la exterioridad y su vastedad como una reclusión, esto es, como una clausura que no permite el movimiento hacia lo que queda recluso en el adentro. Como se indicó, a partir de la categoría de exilio se llevará a cabo esta reflexión invertida, pues en tanto castigo político implica una expulsión de lo propio hacia una otredad ajena de la que no se puede retornar al espacio y tiempo previo al desarraigo. Precisamente, esa imposibilidad de retorno, la otra cara del exilio (Avila 2018 a), se configura como una suerte de encierro en el afuera, que más allá de aludir a los límites que imponen las fronteras nacionales, implica también un no poder reingresar a un universo propio y cotidiano de afectos, proyectos, esperanzas e historias colectivas compartidas y vivencias propias.

Dado lo anterior, la consideración del exilio como un encierro en el afuera permitirá esbozar una reflexión sobre este castigo político desde otra perspectiva, que se verá complementada por testimonios y narrativas de quienes vivieron estos procesos exiliares. Estas escrituras particulares brindan una raigambre experiencial al análisis ya que el modo de acercamiento a los acontecimientos se desprende de las voces de las y los exiliados narrando sus experiencias. En este sentido, se sigue aquí el camino teórico que traza el filósofo francés Patrice Vermeren, para quien “pensar el exilio es, antes que nada, darle importancia a la reflexión de los exiliados” (15).

No obstante, al hablar de este tipo de experiencias políticas se hace necesario llevar a cabo una suerte de recorte histórico-temporal, pues si bien el exilio es un castigo clásico, que ha acompañado prácticamente a la humanidad desde sus inicios políticos, pues ya se utilizaba en la Grecia Antigua y estaba presente en el Derecho Romano Clásico, los exilios que aquí se abordan guardan una cercanía

espacio-temporal con nuestros días. En efecto, las experiencias exiliares que aquí se trabajan se gestionaron durante las últimas dictaduras cívico-militares del Cono Sur Latinoamericano durante el último cuarto del siglo pasado. Sin embargo, el bagaje teórico y narrativo utilizado involucra también otros territorios y momentos históricos, como la Guerra Civil Española y las reflexiones filosóficas que se han producido a partir de este suceso.

Sólo a modo de referencia histórica y para contextualizar las narrativas del exilio revisadas, indicamos que, en el caso de Chile, la dictadura cívico-militar y sus expulsiones punitivas, comenzaron en el año 1973, con la caída del gobierno de la Unión Popular, y se extendieron hasta 1990, año de finalización de la dictadura. Hay que notar, no obstante, que el castigo exiliar finaliza dos años antes del retorno de la democracia, al quedar derogado por los decretos leyes 1.197 y 1.198, que fueron publicados en el Diario Oficial (Avila 2018b). En Uruguay el exilio abarca la totalidad de la duración de la dictadura, es decir, desde junio de 1973 hasta marzo de 1985, sufriendo el país 12 años de excepcionalidad jurídica. En el caso argentino, si bien la última dictadura cívico-militar comienza en el año 1976 y finaliza en 1983, ya en el año 1973, bajo el gobierno de Juan Domingo Perón y luego de Isabel Martínez de Perón, comienzan los primeros exilios masivos propiciados por el Terrorismo de Estado. Ciertamente, durante este periodo se encuentran operando ya organizaciones paramilitares como la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), cuya tarea era el secuestro, tortura, asesinato y desaparición de intelectuales, sindicalistas y militantes de izquierda. Este periodo cívico-dictatorial finaliza en el año 1983 luego de la derrota en la Guerra de Malvinas, dejando fuertes marcas físicas y emocionales sobre la población nacional que persisten hasta el día de hoy. Entre estas marcas, y no solo en Argentina, destacamos las del exilio, que aún atraviesan y en cierta medida configuran el tejido social actual.

1. De exilios y encierros en el afuera

Al hablar de encierro y des-encierro, es interesante notar que, en muchos casos, los procesos exiliares latinoamericanos estuvieron precedidos por la reclusión clandestina, que se desplegaba con distintos grados de violencia. Ejemplo de esto es la existencia de Centros clandestinos de represión y tortura, de cárceles, dependencias públicas que oficiaban como espacios al margen de la ley, entre otros ámbitos, donde las y los secuestrados eran mantenidos en el anonimato, torturados y retenidos contra su voluntad. Otra forma de reclusión, que se podría catalogar como un “auto-encierro”, se daba cuando las y los militantes, al saber su vida en peligro por estar en listas negras o por haber perdido sus contactos, optaban por “pasar a la clandestinidad”. Esta estrategia de supervivencia consistía en

permanecer en el anonimato y reclusión en otras ciudades, casas, escondites, cambiando la identidad y las formas de vida, esto es, renunciando a habitar en lo abierto, es decir, en el contexto cotidiano. Hay que indicar que, a diferencia de los secuestros, en este último caso de encierro mediaba al menos una cuota de voluntad y decisión.

Aunque cada país del Cono Sur vivió de forma particular estos sucesos y con sus especificidades propias, tanto los exilios como los secuestros masivos, la violencia, la tortura, las desapariciones forzadas y las violaciones –principalmente a mujeres– fueron dispositivos implementados para mantener el terror y evitar la actividad de resistencia política en la región. Durante estos procesos, autodenominados de “Reorganización Nacional”, los países habían configurado planes de cooperación internacional, que permitían una coordinación en la acción represiva y en la lucha contra la subversión de la región. En este contexto histórico-político surgen numerosos testimonios y análisis de los encierros y las penurias vividas en estos espacios, en donde las y los secuestrados eran reducidos a condiciones inimaginables, que bordeaban la inhumanidad y la muerte a cada instante. En este contexto es interesante observar que cuando salían, muchos de los y las sobrevivientes de estos encierros forzados partían hacia el exilio, algunos de ellos por opción gubernamental², otros expulsados y otros más por considerar que sus vidas corrían peligro y abandonar sus países era la única forma de sobrevivir. En este punto se presenta el nudo gordiano de este análisis, porque, según esta reflexión, pareciera ser que la aparente apertura que se daba con salida al exterior mediada por el exilio implicaba un nuevo encierro, esta vez en el afuera: estar afuera y estar encerrado, ser expulsado y quedar aislado en esa expulsión, sin la posibilidad de volver hacia ese adentro que es lo propio. A esto parece referirse la argentina Daiana Agesta cuando dice sobre el exilio: “(...) el “afuera” del propio país, del propio mundo, implica asimismo un encierro” (4-5).

Entonces, y siguiendo esta línea de análisis ¿qué es aquello de lo que el exiliado se encuentra forzosamente separado?, ¿qué queda en ese adentro al que no se puede retornar? En principio, y según la filósofa exiliada española María Zambrano, lo que queda del otro lado es la patria, una patria expulsora, pero patria al fin, pues “no solo se es exiliado por haber perdido la patria primera, sino por no hallarla en parte alguna” (43). Esta patria, de la que los exiliados quedan completamente aislados, es precisamente la que los arroja hacia lo otro, y esto no tiene que ver solo con los límites territoriales, las costumbres o la cultura, sino también con la historia, con los proyectos nacionales y locales, y con la propia

² Este recurso es explicado por la exiliada argentina Alicia Partnoy de la siguiente manera: “Fue un proceso algo paradójico por el cual, después de tres años de cautiverio, yo mismita tenía que solicitar que se me concediera lo que los militares llamaban ‘el derecho de opción’. Por el cual se ‘optaba’ entre continuar presa o exiliarse” (121).

biografía. En este contexto, la patria actúa como un significante que se va llenando, y que alude a diversos sucesos, sentimientos, experiencias, recuerdos o sensaciones e, incluso, a una suerte de mundo primero. Quizá por eso Juan Gelman habla del exilio como el alejamiento forzado del lugar de la infancia, como un corte del cordón umbilical que sin embargo no logra cortar “la memoria, la lengua, los calores” (Gelman y Bayer 29). Precisamente, la lengua, los calores y la memoria persiguen a los y las exiliadas por sus nuevas tierras, dejando sus existencias suspendidas, entre paréntesis, generando quiebres temporales y espaciales evidentes e ineludibles, que dan cuenta de que lo que era ya no es y que lo que se era, ya no se es.

El exilio corta cual una navaja la biografía personal, la vida familiar, social y política y desahucia el lugar donde se habita, pues aniquila todo atisbo de cotidianidad. El devenir cotidiano y los afectos se erigen como un espejo trizado cuyas piezas, aunque logren ser unidas nuevamente, ya no reflejan limpiamente lo que tienen enfrente. Una vez que un espejo se ha trizado, su reflejo nunca será claro y distinto, las cicatrices de las juntas permanecerán en él y pasarán a formar parte de lo que muestra. Como metáfora de lo anterior, y debido al desgarramiento que generó este violento acto político, familias enteras quedaron diezmadas, hubo muchas parejas rotas y miles de afectos que se vieron quebrados. La escritora argentina Cristina Siscar dice sobre el inicio de su exilio: “Ahora recuerdo esos días con angustia, y al mismo tiempo, como si los hubiera vivido otra persona; sentía contradictoriamente, que me despedía de mí misma para ir, a la vez, al encuentro de mí misma en otra vida (...) Pero tomar la decisión fue algo muy conflictivo, traumático, porque significaba dejar a mi hijo (...) sin saber cuándo volvería a verlo” (51-52).

Cristina Siscar habla de encontrarse a sí misma en otra vida y eso pareciera ser el exilio: un lugar en el que la presencia de sí y de los demás ha quedado en ascuas, pues ya no hay entorno conocido y re-conocido, no hay una cotidianidad circundante que dé seguridad y familiaridad a los expulsados. El mundo propio, que antes albergaba las existencias, los afectos, los lugares y las relaciones que en él se tejían, ha desaparecido. Incluso, las y los exiliados sienten que ellos han cambiado en la medida en que el exilio ha devenido parte de sus existencias, dejando lo que se era. Soledad Bianchi, chilena exiliada en París lo retrata de la siguiente manera: “en esta situación límite nadie puede quedar como era. Armando Uribe, en un libro que no ha sido traducido del francés y que se titula *Caballeros de Chile*, dijo que el exilio no es estar aquí ni allá, es no estar en ninguna parte” (47).

Muchos expulsados nunca desarmaron sus maletas e intentaron no aferrarse a nada, pues la idea del retorno estaba siempre latente. La duración final del exilio no era un tema de preocupación, pues siempre se creyó que el tiempo en ese

encierro en el afuera sería breve, y que pronto se podría volver a lo propio. En una entrevista, Marilaf Antiqueo, dirigente mapuche chileno de Cautín, dice lo siguiente: “Yo no he podido adaptarme. Siempre estoy pensando en volver a Chile. Cuando llegué pensaba que a los seis meses volvería a Chile, pero la cosa no se ha dado así, yo fui muy perseguido, muy buscado como dirigente mapuche, entonces ha sido difícil la vuelta a Chile” (22).

Esta misma sensación se hace presente al momento de generar vínculos, tanto humanos como materiales. La idea del pronto retorno a un adentro, el abandono de ese afuera forzado hacía necesaria una liviandad que permitiera el rápido movimiento, y esto se relacionaba directamente con las cosas materiales. En muchos testimonios exiliares aparece esta situación, la negación de adquirir o poseer cosas materiales que generaran un arraigo, que pudieran dilatar o entorpecer el retorno. La exiliada argentina Clelia Luro lo narra de la siguiente manera: “Nuestra vida de esos años no fue nunca un exilio aceptado. Nosotros queríamos volver y morder ya el silencio y el dolor con los que quedaban dentro... Siempre estábamos prontos a regresar... tomar nuestras valijas y nuestras pequeñas cosas... nunca compramos nada que nos atara las manos, y así todo se hacía más difícil” (111).

La idea de retorno, tal como lo explican los uruguayos exiliados Maren y Marcelo Viñar, en su libro sobre exilio y psicoanálisis, llamado *Fracturas de la memoria. Crónicas de una memoria por venir*, se veía como “el punto sagrado del destino” (113). El ansia de la vuelta a lo propio, la posibilidad de evadir ese encierro en el afuera, se constituía en muchos casos en una suerte de brújula que guiaba la existencia. Sin embargo, otro fue el escenario que se vivió al momento del retorno, pues al igual que en la *Odisea*, el retorno mismo terminó convirtiéndose en un mito. A esto se refiere Vladimir Yankélévitch cuando dice sobre Ulises³:

El viajero regresa a su punto de partida, ¡pero ha envejecido mientras tanto! [...]; lo irremediable, no es que el exiliado haya dejado su tierra natal: lo irremediable es que el exiliado dejó esta tierra natal hace veinte años, el exiliado no solo quisiera encontrar su lugar natal, sino al joven hombre que él mismo fue alguna vez cuando vivió allí. Ulises es ahora otro Ulises, que encuentra a otra Penélope (300).

Esta sensación de discordancia, entre lo dejado sin querer y lo encontrado por azar, se hace presente casi en la totalidad de las narrativas exiliares. Sin embargo, el deseo de la vuelta a lo propio, a ese adentro que contiene el ansiado pasado, finalmente se convierte en un deseo de lo que ya no existe. Pedro Orgambide, argentino exiliado en México, equipara esa sensación a un personaje de una de sus novelas con las siguientes palabras: “Como mi personaje, yo sentía que ‘los que

³ Traducción mía.

regresábamos de algún modo interrumpíamos una rutina, cierta continuidad... éramos como enfermos que regresaran de un inmenso hospital y se instalaran, sin pedir permiso, en medio de la vida que había seguido sin nosotros, a pesar de nosotros” (160). Esta sensación de intromisión y la constatación de que la vida ha cambiado inexorablemente lleva a preguntar si, efectivamente, el retorno del exilio podría vislumbrarse y vivirse como el ansiado des-encierro.

2. De retornos y posibles des-encierros

El retorno es una problemática muy compleja en el ámbito de estudios sobre el exilio, pues además de ser muy amplio, genera sensaciones y acciones encontradas. Si bien muchas y muchos exiliados decidieron volver de manera clandestina antes del fin de las dictaduras, la gran mayoría de los retornados lo hicieron en las etapas del retorno de la democracia a la región. Es interesante observar, sin embargo, que no todos los exiliados volvieron a sus países cuando se levantó la interdicción del retorno. Así como cada experiencia exiliar ha sido única e irrepetible, lo mismo ha ocurrido en el caso de los retornos, pues la decisión de una vuelta a los países de origen fue sopesada y decidida en cada situación por cada exiliado. De hecho, la posibilidad del retorno no fue elegida por todos los exiliados, lo que se debió a distintos factores, como sociales, políticos, económicos, anímicos, entre otros. Muchos de los que eligieron no volver, lo hicieron porque no pudieron o porque simplemente no quisieron, lo que resulta una opción tan válida como cualquiera. Las preguntas, los motivos y los argumentos para retornar o para no hacerlo, se amontonaban en las reflexiones de las y los exiliados. Carlos Ulanovsky, argentino radicado en México retrata muy bien esa conflictiva etapa:

Había varias vueltas posibles y entre nosotros y los que se quedaban se agolpaban las respuestas a tales posibilidades: ‘Volver, pero volver para qué? (Sic.) ‘Me muero de culpa por no tener ni un poquito de ganas de volver’. ‘Es desgarrante sentir que el país de uno está mal’. ‘Muchos ya no volverán’. ‘Volver todos juntos en un chárter imposible, cantando el tango *Volver*’ (...) ‘Volver para, en todo caso, darnos cuenta que ya no podemos vivir en nuestro país (210).

Aquellos que volvieron a sus países se encontraron con numerosas dificultades de todo orden, desde administrativas, laborales, familiares, de militancia, de confianzas, de rechazo, que se reflejaban en la imposibilidad de encajar en la nueva realidad, pues el tiempo había transcurrido, y la vida había seguido su curso sin la presencia de los expulsados. Cristina Siscar narra así el desgarramiento que implicó el retorno: “Cuando regresamos a nuestro país, quedan allá otros fragmentos de nuestra vida, mientras que aquí se produce una discontinuidad, un desfase entre lo que siguió sucediendo en nuestra ausencia y el recuerdo de lo que dejamos siete

años atrás" (58). Siete, diecisiete o el tiempo que durara el encierro en el afuera, fue un tiempo que transcurrió según sus propias leyes y ritmos, mientras que el tiempo en el adentro –el de lo propio– también se movió y siguió transitando sin detenerse siquiera a contemplar a quienes quedaron fuera de él. La misma Siscar dice sobre la posibilidad de los exiliados de quedar olvidados: "Yo diría que aunque hayamos mantenido contactos permanentes, por todos los medios posibles, nuestro exilio es una ausencia en la memoria de los otros. Algo que sucedió en otra parte" (Ibid 59).

Tiempos que transcurren y no se acompañan, densidades que se desplazan como en sueños tratando de detener las imágenes, para que no se borren, permanezcan y sean familiares al retorno, lo que, por lo demás, es imposible. La vida, la cotidianidad y la existencia que dejaron los exiliados ya no existía al momento del retorno, todo había cambiado, incluso la muerte había transitado por la vida de sus seres queridos durante la ausencia. El argentino Eduardo Mignogna dice sobre esto: "Yo conozco el desconuelo y la impotencia de caminar toda una mañana entre gente extraña por no sé qué calles de Milán, mientras en Buenos Aires velaban a mi padre" (150). Y es que la muerte no se detiene, y la vida tampoco, pasan los años y las memorias se desmemorian, los vínculos y las relaciones cambian. Quizá la imagen más clara de esto es la que relata Cristina Siscar al momento de su retorno a Argentina: "Cuando volví a ver a mi hijo, cada uno de nosotros era un desconocido para el otro. La memoria afectiva no coincide con los vínculos reales; y se necesita mucho más que siete años para reestablecer o crear nuevos vínculos" (58).

Dado lo anterior, se podría decir que ni los vínculos, ni las historias compartidas y menos aún la propia biografía, pudieron reestablecerse y unir los lados del puente que quedaron rotos con la expulsión. La grieta que se abrió con el exilio no pudo cerrarse ni con el retorno, pues este implicó una pérdida también, un nuevo desarraigo –aunque esta vez voluntario– y una nueva ausencia. Noé Jitrik cuenta así la experiencia de su retorno a Argentina:

Al cabo de cuatro meses en que fue registrado ese catastrófico estado de ánimo (...) volví a México; cuando pisé las calles de esa ciudad respiré, me sentí libre y desenvuelto, como si esa ciudad fuera mía, y la mía me hubiera vuelto a expulsar, pero ya no porque sus peores expresiones tomaran a su cargo la tarea, vaya siniestra palabra, sino porque en mi interior mismo residía la expulsión (...) (89).

Algunos exiliados retornaron y pudieron adaptarse, otros no lo lograron y volvieron a sus países de acogida, multiplicando los procesos de desarraigo. Ciertamente, el exilio puso en marcha una seguidilla de expulsiones y abandonos que se perpetuó en el tiempo, pues el retorno fue un nuevo desgarro y un desarraigo para los hijos que habían nacido o crecido en los países de acogida y

volvían a una tierra que prácticamente solo conocían a través de lo que sus mayores les contaban sobre ella. Hubo familias –o parte de ellas, pues esto pasó particularmente en el caso de las y los hijos–, que no lograron adaptarse a sus países de origen y volvieron a su anterior residencia, generando nuevas rupturas y quiebres, y mostrando, a la vez, que los efectos de este castigo político siguen desplegándose hasta nuestros días.

Por esto se puede decir que los exilios no finalizan por un decreto –como generalmente se inician– ni con el fin de los procesos dictatoriales, lo que lleva a preguntar, ¿finalizan los exilios alguna vez?, ¿es posible ese des-exilio del que hablaba Mario Benedetti? La mejor manera de tratar de responder a estos interrogantes, creemos, viene dada por las palabras de quienes vivieron estas experiencias. Así, ante la pregunta sobre la existencia del des-exilio, Pedro Orgambide responde: “Claro que existe y es penoso” (160). Juan Gelman, por su parte, indica ante la misma interrogación: “No lo creo. Se vuelve y el país ha cambiado, uno mismo ha cambiado, las piezas del rompecabezas ya no encajan. Claro que como siempre, hablo por mí. Cada caso es cada caso” (46). Osvaldo Moyano apoya la respuesta de Gelman diciendo: “Ovidio demostró literariamente que no se puede volver. No se regresa de ningún exilio, el exilio es irreversible” (225).

Cada caso es cada caso, dice Gelman, y esto queda en evidencia con las diversas experiencias del encierro en el afuera y con las de un posible retorno hacia un adentro. Y si bien, como se ha podido observar, los escritos y testimonios exiliarios narran diferentes vivencias y tienen como punto de partida la pluralidad, hay en estas textualidades algunos elementos que muestran hechos o sensaciones compartidas. En este punto en particular interesa destacar la sensación que tienen los exiliados frente a su propia condición de exiliados, que suele materializarse bajo la imposibilidad de abandonar tal condición. En efecto, en numerosos testimonios se presenta como una imposibilidad el abandono del estado de exilio, lo que va acompañado de la constante sensación de siempre permanecer en una suerte de limbo. Pareciera ser que la condición de ser exiliado cala hondamente, y una vez que anida permanece en los cuerpos, las vivencias y los sentires, marcando esa irreversibilidad de la que habla Moyano. Por su parte, Arturo Roa Bastos responde a la pregunta sobre un posible corte con el destierro de la siguiente manera: “Yo creo que el exiliado continúa a perpetuidad siendo exiliado, porque el retorno no es la reconstitución, la recuperación del destino, sino simplemente el comienzo de otro destino que sigue siendo el de un exiliado. Además, el lenguaje cambia: yo hablo y escribo en el lenguaje del exilio, no en el lenguaje del Paraguay” (34). A lo que Marta Vasallo agrega de manera categórica: “Quien se ha ido, ha dejado de pertenecer de modo absoluto a ninguna parte” (179). *Exilio fundador* llama a esta experiencia compartida Nicolás Casullo, aludiendo a los exilios que

nos componen, a esas vivencias anteriores que se heredan y también nos configuran: “Estar adentro de un afuera, o estar afuera de un adentro, fue nuestra marca paterna-materna nacional” (119).

De este modo, y para complejizar esta reflexión, pareciera que los encierros y des-encierros no demarcan límites claros, que estos universos se rozan y que una vez que se ha transitado de uno a otro, esto es, del encierro al des-encierro en el caso de las y los exiliados, no hay un retorno al punto de origen tal como se lo dejó. Esto es, que, si bien el retorno puede existir, no se retorna a lo mismo que se dejó, y quien retorna, recordando las palabras de Jankélévitch, no es el mismo que se fue. Sin embargo, según las y los exiliados, podrían existir algunas estrategias para comenzar a des-encerrarse y resubjetivarse, aún en el afuera, asumiendo dónde se está y lo que ahora se es. Quizá la más clara de estas estrategias sea la escritura, pues, según la exiliada chilena Loreto Rebolledo, las escrituras del exilio “condensan los intentos de los exiliados de reconstituir su historia” (14), lo que parece confirmar Nora Strejilevich diciendo: “Cuando me fui la escritura pasó a ocupar un lugar, digamos que en la página podía intentar recuperar un mundo propio, el que me habían enajenado y reconstruía vicariamente en el papel” (164). Las palabras de estas mujeres aluden a los espacios y tiempos que se quiebran con el exilio, a los encierros y des-encierros que estos producen, a la necesidad de recuperar lo propio mediado con lo nuevo y de recuperarse a través de la escritura. Quizá por eso la exiliada uruguaya Cristina Peri Rossi, en un poema del 2006, más de treinta años después de su expulsión, sigue indicando “mi casa es la escritura” (205).

Bibliografía

- Agosta, Daiana. “Libertad y exilios: Un abordaje del ‘derecho a opción’ desde la obra de Michel Foucault”. *Actas publicadas*. Ensenada: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Maestría en Historia y Memoria, 2018.
- Antiqueo, Marilaf. “Morir y vivir diez veces”. *Cuentos, poesías, testimonios de chilenos en el exilio*. Santiago: Comité Pro Retorno de Exiliados, 1983.
- Avila, Mariela. “Exilio y tiempo otro. De partidas y regresos”. *La experiencia del exilio y el exilio como experiencia*, Mariela Avila y Braulio Rojas, editores. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, 2018a.
- Avila, Mariela. “La excepcionalidad jurídica del exilio. Un acercamiento a la expulsión punitiva de las dictaduras militares chilena y argentina”. *Las Torres de Lucca, Revista Internacional de Filosofía Política*, 12 (2018b): 69–102.
- Benjamin, Walter. *El Narrador*. Santiago de Chile: Metales pesados, 2008.

- Bianchi, Soledad. "Haciendo Chile en el exilio". Manuel Alcides Jofré, entrevistador. Apsi, 1984.
- Casullo, Nicolás. "Tu cuerpo ahí, el alma allá". *Tierra que anda. Los escritores en el exilio*, J. Boccanera, editor. Rosario: Ameghino, 1999.
- Gelman, Juan y Bayer, Osvaldo. *Exilio*. Buenos Aires: Legasa, 1984.
- Gelman, Juan. "Clandestino en el país". *Tierra que anda. Los escritores en el exilio*, J. Boccanera, editor. Rosario: Ameghino, 1999.
- Jankélévitch, Vladimir. *L'Irréversible et la Nostalgie*. Paris: Flammarion, 1983.
- Luro, Clelia. "Testimonio". *Exilios. Porqué volvieron*, Albino Gómez, editor. Rosario: Homo Sapiens, 1999.
- Mignogna, Eduardo. "Conozco el desconsuelo y la impotencia". *Tierra que anda. Los escritores en el exilio*, Jorge Boccanera, editor. Rosario: Ameghino, 1999.
- Moyano, Daniel. "Una casa, un membrillo, una orquesta". *Tierra que anda. Los escritores en el exilio*, Jorge Boccanera, editor. Rosario: Ameghino, 1999.
- Orgambide, Pedro. "Aprendimos a ser extranjeros". *Tierra que anda. Los escritores en el exilio*, Jorge Boccanera, editor. Rosario: Ameghino, 1999.
- Peri Rossi, Cristina. *La barca del tiempo. Antología poética*. Madrid: Visor libros, 2021.
- Parnoy, Alicia. "Entrevista". *Voces femeninas en el exilio*, Marianella Collette, editoria. Buenos Aires: Simurg, 2013.
- Rebolledo, Loreto. *Memorias del desarraigo. Testimonio de exilio y retorno de hombres y mujeres en Chile*. Santiago de Chile: Catalonia, 2006.
- Roa Bastos, Augusto. "Escribo en la lengua del exilio". *Tierra que anda. Los escritores en el exilio*, Jorge Boccanera editor. Rosario: Ameghino, 1999.
- Strejilevich Nora. "Entrevista". *Voces femeninas en el exilio*, Marianella Collette, editora. Buenos Aires: Simurg, 2013.
- Ulanovsky, Carlos. "Varias vueltas posibles". *Exilios. Porqué volvieron*, Albino Gómez, editor. Rosario: Homo Sapiens, 1999.
- Vasallo, Marta. "Entrevista". *Voces femeninas en el exilio*, Marianella Collette, editora. Buenos Aires: Simurg, 2013.
- Vermeren, Patrice. *Filosofías del Exilio*. Valparaíso: EDEVAL, 1993.
- Viñar, Maren y Viñar, Marcelo. *Fracturas de memoria. Crónicas para una memoria por venir*. Montevideo: Trilce, 1993.
- Zambrano, María. *El exilio como patria*. Barcelona: Anthropos, 2014.